

En Rusia, Yeltsin prepara la sucesión

GABRIEL GUERRA CASTELLANOS

Nadie podría acusar a Boris Yeltsin de ser un políticotradicional, ni mucho menos predecible. Desde sus inicios, cuando era apenas un típico aparatchik soviético, Yeltsin cultivó un estilo poco ortodoxo y altamente controvertido, que si bien le costó caro al principio al final del día lo llevó a la cima de la política en su país.

En tiempos de Mijail Gorbachov y la perestroika, Yeltsin era un alto funcionario moscovita con una clara tendencia al protagonismo y a la confrontación. Cobijado en la apertura política impulsada por el Kremlin,

Yeltsin fue incorporado al Politburó con la consigna de limpiar y reorganizar al notoriamente corrupto comité moscovita. Ni tardo ni perezoso, el ambicioso hombre de Svedlovsk comenzó a barrer con los cuadros tradicionales de la burocracia partidista y a presentarse como un auténtico hombre del cambio. Yeltsin combatió de frente a los conservadores, pero su individualismo y su afán protagónico lo hicieron blanco fácil de acusaciones de que estaba distanciándose de la línea del partido.

El principal enemigo de las reformas, Yegor Ligachov, no se detuvo a. hasta que logró el cese de Yeltsin en 1987, convirtiéndolo automáticamente en un héroe ciudadano, el único que se había atrevido a enfrentarse al gigante burocrático, expulsado por querer mejorar las cosas. Yeltsin, como era de esperarse, no rumió su derrota. Al convocarse las primeras elecciones competidas para el Congreso de la URSS, Yeltsin se postuló y obtuvo una victoria abrumadora.

A partir de entonces Yeltsin dirigió su furia contra el hombre que según él lo había traicionado, aunque algunos creen que fue exactamente al contrario: Mijail Gorbachov. Desde su nueva posición, Yeltsin se fue perfilando gradualmente como el hombre del cambio. Sus acciones erráticas y su estilo de pugilista preocupaban a algunos, los menos, mientras que el grueso de la población rusa veía a este hombre como portaestandarte de la liberación del yugo comunista. Ni siquiera sus escándalos étlicos en viajes al extranjero disminuyeron su popularidad. Por el contrario, reforzaron la imagen de Yeltsin como un hombre del pueblo.

El resto de la historia es conocida. Yeltsin marginó gradualmente a Gorbachov hasta terminar con él y, de paso, con la Unión Soviética. Electo presidente de la entonces Federación Rusa, aprovechó sus poderes para, tras el frustrado golpe de Estado en 1990, asumir el control absoluto. Desde entonces, Yeltsin ha gobernado como un zar, eliminando todo brote de disidencia o rebelión dentro y fuera del gobierno. La toma, a cañonazo limpio, del parlamento ruso es apenas la más clara muestra del particular estilo de gobernar de Yeltsin.

Así que no deberíamos sorprendernos por el más reciente espectáculo político desde Rusia. Hace ya tiempo, tras su reelección, que la mala salud de Yeltsin lo ha vuelto cada vez más errático. Ya sea por distracción o debido a sus cada vez más prolongadas ausencias del Kremlin, el presidente ruso nos tiene acostumbrados a sorpresivos golpes de timón. En una gira a Suecia recientemente, Yeltsin comenzó pensando que estaba en Finlandia. Una vez aclarado el equívoco, procedió a anunciar un desarme nuclear unilateral, que rápidamente fue desmentido por el alto mando militar y por sus propios voceros. Una confusión, la llamaron, sin atreverse a decir de quién había sido.

Así es que, habituados a estos giros, los rusos no dieron demasiada importancia al anuncio de Boris Yeltsin de pedir la renuncia a su gabinete en pleno, hasta que se dieron cuenta de que el cese era en serio. La decisión ha provocado confusión e incertidumbre entre analistas y observadores políticos, rusos y extranjeros, que se preguntan qué es lo que se propone esta vez el siempre sorprendente presidente ruso. En lo que todos parecen coincidir es que esta acción no augura nada bueno para el futuro ni para la estabilidad política y económica de ese no siempre bienaventurado país.

Recién regresado de una larga ausencia para tratarse una gripa más, el inquilino del Kremlin anunció el ajuste, radical por donde se le vea, reduciéndolo a una simple medida para fortalecer el proceso de reformas estructurales así como la posición del gobierno de cara a las elecciones presidenciales del año 2000. En sus primeras declaraciones, Yeltsin aludió a la necesidad de reforzar al ya entonces ex primer ministro, Viktor Chernomyrdin, pensando en el futuro. Con la mezquindad que los caracteriza, los analistas y comentaristas se preguntaron cómo una remoción podría fortalecer a un político, sobre todo si se trata de un burócrata que nunca ha vivido fuera de los presupuestos públicos. Pero esas preguntas de mentes pequeñas poco preocuparon a Yeltsin, quien acto seguido decidió nombrar encargado del despacho a un ilustre desconocido de 35 años de edad, Sergei Kiriyenko.

Originalmente Yeltsin había decidido asumir él mismo el cargo de primer ministro, y de hecho se autonóbró. No fue sino hasta que sus asesores le señalaron la imposibilidad legal para hacerlo que decidió designar a Kiriyenko como interino. Pocos días después el presidente Yeltsin anunció su determinación de conservarlo definitivamente en el cargo, mismo que deberá ser aprobado por el parlamento ruso.

Más tardó Yeltsin en anunciarlo que voceros de la oposición en decir que no aprobarían el nombramiento de Kiriyenko, de quien no existen muchas referencias, ni buenas ni malas. Con el particular estilo de cabildeo parlamentario que lo caracteriza, Yeltsin les recordó que de acuerdo con la Constitución, la Duma puede rechazar una nominación presidencial hasta tres veces. Si lo hace, el presidente puede disolver al parlamento y convocar a nuevas elecciones. Atrévase, fue el mensaje del presidente a los legisladores.

De inmediato surgieron más preocupaciones. No solamente había tomado una decisión hartamente apresurada, sino que además Yeltsin colocaba al país en riesgo de una crisis institucional. La constitución rusa establece que si el presidente falta será sustituido por el primer ministro. Al cesarlo y no contar con un relevo aprobado por el parlamento, Yeltsin asumió el riesgo de no poder controlar su propia sucesión si algo llegara a ocurrirle.

Pero eso es lo que menos ocupaba a Yeltsin. En el fondo, tanto el cese de Chernomyrdin como el nombramiento de Kiriyenko son jugadas de ajedrez, de una partida que se decidirá en el año 2000. Si la primera lectura de algunos fue que esto se trataba de un estratagema yeltsiniano para colocar a Chernomyrdin en la carrera presidencial, pronto se empezó a pensar que se trataba más bien de un intento por eliminar rivales políticos o como una muestra de fuerza después de su convalecencia o, peor aún, como un simple juego político para divertirse a costa de sus colaboradores y aliados.

Veamos. En el primer escenario, se podría argumentar que al liberar a Chernomyrdin de la responsabilidad de un gobierno, cuya conducción económica ha dejado que desear, se le estarían quitando obstáculos y antipatías, facilitándole el camino electoral. Esta teoría se ve reforzada por el posterior anuncio de Chernomyrdin de que buscará la candidatura presidencial en el año 2000. Sin embargo, son muchos los que piensan que Chernomyrdin empezaba ya a acumular demasiada fuerza, sobre todo a la luz de las cada vez más prolongadas ausencias de Yeltsin. Eso, sumado al hecho de que el primer ministro parecía empezar a tomarse su papel demasiado en serio (según un allegado a Yeltsin, en un reciente encuentro entre Chernomyrdin y Al Gore aquél se había portado "demasiado presidencial"), ayudaría a explicar su desaparición del mapa político.

Otros piensan que la verdadera intención de Yeltsin era, precisamente debido a sus ausencias y a su delicado estado de salud, dar un golpe en el escritorio presidencial como para recordarle a todos que él, y solamente él, tiene el mando y el control en el Kremlin. Muestra de debilidad, dirán otros, ya que la autoridad política no se exhibe, basta con practicarla.

Ninguno de esos escenarios parece descabellado, sobre todo si tomamos en cuenta los antecedentes políticos de Yeltsin, que nunca evade un desafío y que siempre prefiere las virtudes de la toma rápida de decisiones a los errores de la reflexión y la paciencia. Así las cosas, Yeltsin se queda con un gobierno mucho más a modo, sin nadie que le haga sombra y comprueba a quien lo hubiera dudado que él es quien está, indiscutiblemente, al frente en Rusia.

Cabe preguntarse, empero, si este acto de autoridad fortalece al presidente o si, por el contrario, lo debilita. Sin duda las instituciones políticas no salen bien libradas de este trance, y se equivocara quien piense que el nuevo gobierno del primer ministro Kiriyenko será más sólido y gozará de mayor credibilidad después de este relevo. Vistas así las cosas, cabe preguntarse qué es lo que realmente pretendía Yeltsin con su inesperada acción. Lo único que aporta al de por sí turbulento escenario político es una adicional dosis de incertidumbre y confusión.

Yeltsin demuestra que tiene poder casi ilimitado, tanto para remover funcionarios como para imponer su voluntad al parlamento. Podría ser que se esté preparando para una segunda reelección, que podría lograr si obtiene una interpretación a su favor de la Constitución que limita a dos los periodos presidenciales, pero que sus seguidores argumentan no se aplica ya que Yeltsin fue electo para su primer periodo en épocas de la extinta Unión Soviética. Será esa una contienda electoral hartamente disputada. Si creemos en las

más recientes encuestas, Yeltsin cuenta con la simpatía de un 7% del electorado, Chernomyrdin un 3%. El aspirante comunista, el poco carismático Guennadi Zyuganov, tiene el 18% de las preferencias electorales.

Por si eso fuera poco, la situación económica de Rusia no es muy halagadora. Quien se imponga en esa contienda podría estar ganando al proverbial tigre de la rifa. Eso parece querer Yeltsin.

Estos actos impredecibles de los políticos refuerzan su poder y, sobre todo, la preocupación entre propios y extraños por lo que podrían llegar a hacer con él. Desde hace muchos años Boris Yeltsin ha luchado denodadamente por el poder absoluto. Hoy que lo tiene, podría toparse con que ése es, precisamente, su mayor riesgo.

El poder sin límites implica riesgos y responsabilidades sin límites. También supone juicios mucho más severos para quien lo ejerce. Yeltsin tendrá ahora que invertir su cada vez más escaso capital político en apuntalar a un gobierno débil frente a los embates de una oposición que se siente agraviada y a la vez fortalecida. Las elecciones parlamentarias de 1999 serán la primera escaramuza de la guerra que culminará en las presidenciales del 2000.

Para entonces, Yeltsin tendrá que escoger entre competir aunque este físicamente disminuido o lanzar al ruedo a un alternante de medio pelo. De una u otra forma estará poniendo en riesgo su legado político así como el actual proceso de reformas. No es esa la actitud de un estadista, aunque si parece la de un zar, poco acostumbrado al nuevo mundo de la competencia política. El tiempo dirá.

El autor es politólogo. Es comentarista sobre ternas internacionales en el periódico Reforma y en el programa Para empezar.

La vida en la Cd. De México
Satisfacción de los capitalinos



